

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre* (continuación), por María del Pilar Sinués de Marco.—*A la señorita doña María Manuela Gaviña*, por doña Clotilde Aurora Principe.—*Zaida Sobeiha* (continuación), por D. Federico Sawa.—*Un interior de diligencia*, traduccion por D. José Marco.—*El lucero de la tarde* (continuación), por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Esplicacion y aplicacion del figurin, por Pamela.—Lámina.—Un figurin.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XIX.

LA CONDESA Á MELIDA.

Barcelona, agosto de 18...

¡Qué! Estás enferma y nada me dices en tu carta, hija mía? ¡De todo me hablas menos de eso! ¡Debia yo saberlo por otra persona que no fueras tú?

¡Por qué he perdido ya tu confianza, Mélida? ¿tienes acaso alguna queja de tu madre? ¡Sufres y, como si te avergonzaras de ello, apenas me lo dejas adivinar, y ha tenido que decirme la Mariscala que estás abatida y triste, para que yo lo supiera y para que corriera hácia tí!

Tu tia está enferma, y esa es la razon por la que aun permanecemos aquí; pero, tú sufres, y yo no puedo dejar de correr á tu lado: esta noche salgo con Clara, y en breve te estrecharé contra mi corazon.

Pero, hasta tanto que te vea, debo tranquilizar tu espíritu, hija mía: no hay ningun mal en que tú hayas inspirado amor á ese jóven, ni lo hallo tampoco en que le ames tú: solo deseo para vosotras un hombre honrado, que os respete y estime, al mismo tiempo que sinceramente os quiera.

AÑO I.—NÚMERO 30.

Además, hija mía: ¿no eres tú buena para la vida sencilla y apacible del campo? ¿No es esta la que prefieres y á la que has sido inclinada siempre? ¿Y crees que tu madre, que tanto te ama y que solo desea tu dicha, habia de condenarte, por vanidad, á ser la esposa de un hombre á quien no amases?

No, mi adorada Mélida: yo quiero, ante todo, vuestra dicha: tén esperanza: cuando yo vaya, procuraremos que vuelva Juan Bautista, quien, segun me dice la Mariscala, ha salido del pueblo: le hablaré: le observaré y sabré lo que pasa en su corazon, y si es digno de tí.

¿Qué se escapa á los ojos de una madre? ¿Y qué no penetrarán los mios, tratándose de la dicha de toda tu vida?

No puedo explicarme por qué te has dejado abatir de esa suerte, y á veces temo que Dios me tenga destinada para siempre á ser desgraciada en mi amor maternal. ¡Oh! ¡Cuando veia á Clara próxima á ser dichosa, ha hecho presa en tí el dolor! ¿Y por qué? ¿Qué temes? Acaso, pobre hija mía, no conoces, no sabes dónde está la herida de tu corazon; pero, cuando sufrías, ¿no has recordado que la Virgen María es la abogada de nuestro sexo, la mejor amiga de la mujer? ¿Cómo, al levantar los ojos á su divina imágen, no han nacido en tu alma la serenidad y la esperanza?

Escucha: yo tenia, cuando era de tu edad, una amiga á la que queria en estremo.

Amigas nuestras familias tambien, enlazadas por vínculos de reconocimiento mútuo y por ese afecto íntimo, que tan raro es en la vida, pero que, si nace en almas escogidas, es eterno: juntas crecimos, y habiendo quedado yo desde muy jóven sin madre, la suya me dedicó una parte de sus cuidados.

No obstante, aquella señora, jamás pudo ser nuestra amiga: era irreprochable y, como tal, severa: su semblante grave é impasible nos imponia respeto y nos inducia al silencio, al que seguia la tristeza, pues la juventud necesita jo-

16 AGOSTO DE 1864.

vialidad y confianza, como las flores brisas y luz.

Yo tenia una aya, que era buena, dulce y piadosa; muchas veces me decia, al verme proponer a la melancolía:

—Hija mia, se debe mirar alguna vez al cielo para conformarnos con mas facilidad con las miserias de la tierra: eleve V. los ojos y no los baje; rece y no gaste el tiempo en quejarse vanamente de los mortales: cuando la aflija algun pesar, póstrase V. á los pies de una imagen de la Virgen Santísima, cuéntele su pena y la consolará.

Así lo hice, en efecto; y jamás me levanté de las divinas plantas de la Madre de Dios sin dejar allí una parte, á lo menos, de mi dolor.

Mi pobre amiga se iba volviendo, por el contrario, cada dia mas reconcentrada y silenciosa: esas vagas tristezas que atormentan á las jóvenes y que solo son la necesidad de amar y de ser amadas, tomaron en ella el carácter alarmante y sombrío de graves desgracias: veíalo todo negro, sombrío, desesperante; ¡era que no rezaba y que su madre, amargada á su vez por decepciones y orgullosa por la intachable pureza de su conciencia, se habia vuelto algo indiferente y dura y no cuidaba de avivar en su alma la santa luz de la fé!

Una pasión contrariada vino á colmar la medida de las penas de mi desgraciada amiga, cuya vida fué un continuado tormento de esos que no se compadecen porque son inmotivados, ó están apoyados solo en las quimeras de la imaginación, en las desigualdades del carácter y, sobre todo, en la falta de fé, de esperanza y de conformidad.

Tú sabes, hija mia, cuanto me ha probado la suerte, y cuantas amarguras ha derramado la mano de Dios sobre mi vida; pues bien, cuando mas agoviada estaba con mis penas, cuando perdí á mi madre, á tu padre, cuando nuestra fortuna quedó reducida casi á la medianía, me acordaba del consejo de mi aya: miraba al cielo, y allí veia escrita con estrellas esta palabra:—¡GLORIA!

Miraba los altares, y los dulces y elocuentes ojos de María me decian al fijarse en mí:

—¿Por qué te quejas, pobre hija mia? ¿Qué valen tus penas con los martirios que yo he sufrido? Yo, que era la madre del Señor de cielo y tierra; yo, la mas perfecta de las criaturas, he llorado y he estado sujeta á todos los mas acerbos dolores de la mujer y de la madre! ¡Llora, sí! El llanto es un consuelo para el débil corazón humano; pero espera que es tambien una virtud, y yo te abriré mis brazos!

Pues bien, Mélica: hasta que vaya yo, que la Virgen sea tu amiga y protectora; y sobre todo, hija mia, no te desanimes: te lo repito,

solo quiero verte dichosa: te casarás con aquel á quien ames, si es digno de tí y si su carácter se aviene con el tuyo.

¿Me prometes que te veré alegre y sonrosada? Mira que muy pronto estaré á tu lado, y que no es justo que me recibas con tristeza.

No abandones la compañía de la Mariscala hasta que llegue yo y recibe los abrazos de tu hermana y de tu madre.

LUISA.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Es la primera vez que tenemos la satisfacción de engalanar las columnas de EL ANGEL, con los magníficos versos de la novel y ya conocida poetisa, señorita doña Clotilde Aurora Príncipe.

La señorita Príncipe, que tiene todo el talento de su malogrado padre, D. Miguel Agustín, y toda la inspiración de un alma verdaderamente privilegiada, nos ha favorecido con la preciosa poesía que á continuación insertamos.

Escusamos decir, que las columnas de EL ANGEL DEL HOGAR, están á disposición de tan bella y distinguida poetisa.

A LA SEÑORITA

DOÑA MARIA MANUELA GAVIÑA,

después de haberla oído cantar.

Canta, y á tu voz suave
Que dulce suena mi oído
Gemirá de envidia el ave;
Y el viento en murmullo grave
Repetirá su sonido.

Canta, tu voz melodiosa
Dá reposo al alma inquieta;
Que esa voz dulce, armoniosa,
Es la realidad hermosa
De mi sueño de poeta.

Yo soñé que una mañana
Cuando la rosada aurora
Tiende su manto de grana
Y sobre la flor galana
Lágrimas de perlas llora,

Un ángel con dulce anhelo
Las bellas alas tendía
Bajando á darme consuelo
Y señalándome al cielo
Estas palabras decía:

«Calma tu duro quebranto
Que en esa radiante esfera

Hay un cielo hermoso y santo,
Enjuga tu amargo llanto,
Hermana mia y espera.»

El ángel besó mi frente,
Estendió las alas puras
Remontándose al Oriente,
Y aun recordaba mi mente
De su acento las dulzuras.

Desperté y su voz preciada
Vino á sonar en mi oído,
Y esa voz idolatrada
Me recordó en su sonido
La de mi sueño adorada.

Canta, tu voz melodiosa
Dá reposo al alma inquieta
Que esa voz pura, armoniosa,
Es la realidad hermosa
De mi sueño de poeta.

CLOTILDE AURORA PRÍNCIPE.

ZAIDA SOBEIHA.

EPISODIO ÁRABE.

VI.

Antes de seguir el curso de nuestra narración, haremos á nuestros lectores una brevísima reseña de las causas que influyeron poderosamente para que el territorio árabe español fuese sojuzgado por los almoravides.

Estinguido el califato de Córdoba, aquel emporio de la civilización de Oriente, por las luchas intestinas que fermentaron en su seno, los walis de las ciudades, llevados de sus miras ambiciosas, levantaron bandera, lisonjearon al pueblo, y se proclamaron reyes en los alminbares (1) de las mezquitas.

Reinaba entre ellos la desunión y el odio: el espíritu de cohesión de los primeros conquistadores, no existía; el entusiasmo se había apagado en los corazones; guerras de frontera, disturbios por parte de los que alegaban mejores títulos al trono que los advenedizos que lo ocupaban; trastornos y revueltas, comenzaban á minar sordamente el formidable poderío de los musulines.

Esto favorecía á la reconquista: mientras los árabes arreglaban sus desavenencias, los reyes de Castilla y Leon, á la cabeza de sus bravas huestes, añadían pueblos y castillos á su territorio y lo ensanchaban haciéndolo cada vez mas nespugnable.

(1) Púlpitos.

Muhamad Aben Abed, mandaba en Sevilla, y por aquellos tiempos el noble rey Alfonso VI, apellidado el bravo y conqueridor, ufano con sus victorias, habiendo clavado el estandarte de la cruz sobre las altas almenas de Toledo, la plaza mas fuerte que los moros poseían, y hecho tributarios á algunos reyes; deseoso de añadir nuevos timbres á su refulgente diadema, mandó emisarios á Aben Abed para que pusiese en sus manos las llaves de varias fortalezas y lugares.

Consultó esta demanda Aben Abed con los visires de su consejo, y deliberado que fué el caso, contestó desabridamente al monarca de Castilla.

No era hombre Alfonso que sufriera á sangre fria tal negativa; pregonó la guerra, apellidó las gentes, hizo numerosos aprestos de guerra, y preparóse al combate.

Viendo el amir lo poco que debía confiar de los reyes de Andalucía, estando sus tesoros agotados, y notándose en los suyos manifestaciones de temor y recelo, parecióle cosa acertada y prudente, pedir socorro á Josef Aben Taxfin, y aunque conocía lo perjudicial que podía serle la ayuda del príncipe africano, su fanatismo musulman le hizo perseverar firmemente en su intento, á tal punto, que dijo: *«que mas estimaria sirviendo al rey de Marruecos, ser pastor y guardar sus camellos, que amir tributario y vasallo de los perros cristianos (1).»*

Así, pues, preparó su embajada y mandóla con una carta de su puño á Aben Taxfin.

Josef, tras pensarlo seriamente, contestó de un modo favorable, si bien puso por condicion que se le entregase la Isla Verde, para que el paso no pudiera estorbársele á su regreso: accedió Aben Abed, otorgando la entrega de dicha isla para el rey de Africa y sus descendientes, sin reservar ningun derecho.

Aben Taxfin, esto consignado, pasó á España, en cuya frontera le recibió el de Sevilla con gran aparato y pompa, y marcharon juntos al encuentro de los enemigos, á quienes derrotaron en los llanos de Zalaca, en tierra de Badajoz, publicándose la venturosa nueva en Africa, Almagreb y España.

Volvióse á Africa el amir de Marruecos, llevando gratos recuerdos del bondadoso clima y feracidad del suelo ibérico; y allí tras largas cavilaciones y consultas, determinó plegar sus tiendas, cruzar el estrecho de las Angosturas, y hacer suya á España por la fuerza de las armas.

Esta funesta nueva apesará grandemente á Aben Abed, que trató de conjurar el peligro fortificando y abasteciendo de cuanto habian

(1) Histórico.

menester sus pueblos y castillos. Todo fué en vano: las huestes lamtunies eran innumerables y avezadas al horror y estruendo de las lides, y el terror embargaba los ánimos de los moros andaluces.

Jusef Aben Taxfin mandó á su walí Sir Abu Bekir á la cabeza de un poderoso ejército para que se apoderase del reino de Sevilla.

Hechas estas ligeras indicaciones, volvamos á nuestro relato.

VII.

La noche siguiente de acontecer los sucesos que dejamos referidos, Zaida Sobehia, acuitada y pensativa por los sucesos de la vispera, departia, encerrada en un aposento, con su esclava favorita Kinza.

Era esta una doncella de diez y seis años no despojada de atractivos, pero que al lado de Sobehia palidecian notablemente; diríase que Zaida era el sol, Kinza la luna.

Criada al lado de su señora; hija de padres desconocidos que la abandonaron inhumanamente al nacer, su corazón puro y novel á impresiones de amor, latía para Zaida; ella era su ídolo; por Zaida lo sacrificaría todo, libertad, honra, vida: su agradecimiento no tenía límites. Kinza era un ángel de candor y de bondad. Si enfermaba su señora, jamás se separaba de su lecho de sufrimiento, y sus nacaradas mejillas tornábanse pálidas, y sus ojos vertían lágrimas, y oraba por ella, y no parecía sino que la misma enfermedad las había herido á entrambas á la vez: este cariño inmenso, esta profunda veneración se justificaba; Sobehia la había protegido, juntas habían crecido, habíanse comunicado unidas sus primeras ilusiones, sus ensueños de oro, y la sultana miraba en ella, mas que una esclava, una amiga cariñosa y noble con quien compartir sus dolores y sus goces.

En aquel momento ambas callaban; Sobehia abstraída en sus tristes pensamientos: Kinza, por temor de molestarla, guardaba silencio, mirándola de hito en hito.

La sultana, á vueltas con sus reflexiones, deshojaba una rosa de Alejandría, y esparcía maquinalmente sus perfumados restos sobre la alfombra.

Los plateados rayos de la luna penetraban á través de los ajimezes y armonizaban dulcemente lo caprichoso de la estancia con la gentileza de sus moradoras.

Y pues el silencio y la soledad nos brindan, ocupémonos algo de Zaida Sobehia.

Esbelta, de regular estatura, talle flexible y gallardo como la rama del Ban; de frente

tersa, blanca como el astro que la iluminaba; rostro mas bello que el del ángel que preside los sueños de ventura, y aliento mas fragante que el perfume del azahar, y cabellos negros y lustrosos como el ébano, partidos en pesadas trenzas que se agrupaban graciosamente al rededor de su purísimo semblante, ¡quién al verla indolentemente reclinada sobre divanes de púrpura que resaltaban lo mórbido de sus formas, no se hubiera postrado de hinojos delante ella, tímido, suspirante, desfallecido de amor!...

Y luego aquellos ojos tan grandes, tan magníficos, negros como la noche, destellando miradas que enloquecían.

¡Oh, cuán hermosa era la sultana Sobehial!

¡Por qué aquel Uriel de hermosura, aquella dulce paloma del jardín de Hiran estaba allí retraída de las fiestas, apartada de la corte, cautiva en soledad?

(Se continuará.)

FEDERICO DE SAWA.

UN INTERIOR DE DILIGENCIA

por

EMILIO SOUVESTRE.

—Un subteniente de cazadores.

—¡Dios mío! Y va á subir aquí! ¡Pero cómo no se obliga á caminar á pié los soldados!

—Con semejante tiempo sería una fatiga...

—¿Acaso no es su oficio? Los militares jamás deben fatigarse. Estoy viendo que las diligencias proporcionan á veces á los viajeros compañías insufribles... sin contar con [que hacen alterar el método y las costumbres... ¡Qué viaje!... Sin comer nada caliente... pasar la noche sin dormir... ir estrujada... ahogada... y ahora no sé qué va á ser de nosotros con el apéndice de ese nuevo viajero; yo creo que uno de estos caballeros debía subir á la imperial.

—¿A pesar de la niebla?...

—Eso no debe importar á los hombres.

—En efecto, esta señorita podría ir así mas á su gusto, añadió irónicamente Gontran; pero yo la aconsejo que haga esa proposición á nuestro nuevo compañero.

—¡Yo, hablar á un soldado! prefiero morir, caballero; gritó la solterona.

—Ya está aquí, dijo Grugel.

—El subteniente apareció entonces delante de la portezuela acompañado del empleado de la administración, al cual se quejaba de una manera brusca. El militar era un jóven de gallarda presencia, pero cuyo modo de hablar altanero y modales soldadescos chocaron á Gontran á primera vista.

—Quejábese el nuevo viajero de la tardanza de la diligencia á la cual esperaba desde el anochecer, llenaba de insultos al empleado de la administracion, cuyas respuestas eran tímidas y humildes. Por último, el mayoral dijo que era preciso partir y el subteniente se acercó á la portezuela.

—Magnífica reunion, murmuró despues de haber fijado una curiosa mirada en los viajeros del interior; si el cupé y la rotonda están tan bien provistos!... ¡Ah!... mayoral, supongo que no va ninguna mujer?

—¡Insolente! balbuceó la señorita Athenais de Locherais.

—No os enfadeis, señora, dijo subiendo el militar; acabo de hacer esta pregunta porque suele ser peligroso que el soldado tenga á las mujeres tan cerca en campaña.

Gontran se inclinó hácia Grugel.

—Este faltaba para completar la coleccion; le dijo en voz baja.

—Cuidado no os oiga, observó Grugel.

Gontran se encojió de hombros.

—Siempre me han inspirado los fanfarrones mas fastidio que miedo, dijo, y á este le convendria una leccion de urbanidad.

Entretanto habia subido Baruan.

Sólo faltaba Lepré. Despues de haber enviado el mayoral á un mozo para que le buscara, y de haberle esperado algunos momentos, la diligencia partió sin él, no con poca alegría de la señorita de Locherais que, con su ausencia se prometia ir mas cómoda. Pero esta alegría duró muy poco, porque el subteniente, que al entrar se habia colocado en uno de los asientos de enfrente, acababa de sentarse á su lado. La solterona disgustada se desvió de él cuanto pudo con muy mal modo, y echó sobre la cara el velo de su sombrero.

El militar se acercó hácia ella:

—¡Calla! dijo chanceándose, á lo que parece tenéis miedo de que os miren?

—Quizá, caballero; repuso con sequedad la solterona.

—Ya se me alcanza la razon, repuso el subteniente, pero estad tranquila que yo me privaré de semejante placer.

Y como notase el movimiento de indignacion que hizo la señorita de Locherais,

—Lo que he dicho, continuó, conviene á vuestra salud, porque de este modo podreis respirar con la cara descubierta, lo cual es tanto mas conveniente cuanto que se nota la falta de aire en este cajon: yo creo que seria muy higiénico bajar los cristales.

—No lo consentiré, exclamó vivamente la señorita de Locherais: mi médico me ha prohibido que me esponga al aire de la mañana.

—Pues el mío me ha prohibido que me aho-

gue, replicó el jóven que alargó la mano para bajar los cristales.

Pero la solterona le hizo presente que la ventanilla estaba á su lado, que por lo tanto tenia derecho á exigir que estuviese cerrada y apeló al parecer de los demás viajeros.

Aunque poco dispuesto en favor de la señorita de Locherais, creyó Gontran que debia tomar su defensa, la cual produjo una discusion entre él y el militar que hubiera tenido muy mal desenlace, si Grugel no hubiese cedido al nuevo viajero su asiento que estaba junto á la otra ventana.

El subteniente lo aceptó de muy mala gana, y reprimiendo su resentimiento con Gontran.

El lector habrá podido convencerse ya de que la resignacion y la paciencia no eran las cualidades que dominaban el carácter de este último, cuya natural irascibilidad se hallaba exacerbada además por los contratiempos del camino: asi pues, la discusion que habia mediado entre él y el subteniente se renovó muchísimas veces con una acritud creciente, hasta que se presentó una ocasion que la hizo degenerar en pendencia.

Gontran habia colocado en las correas del techo de la diligencia su baston y su paraguas; el subteniente, pretestando que le incomodaban, le exigió que los quitara; pero Gontran se negó á ello.

—¡Estais decidido á no quitarlos? dijo el soldado despues de una larga y acalorada discusion.

—¡Decidido! respondió Gontran.

—Pues entonces yo me desembarazaré de esos objetos arrojándolos por la portezuela; repuso el subteniente alargando la mano hácia las correas.

Gontran le sujetó por un brazo.

—Cuidado con lo que vais á hacer, caballero, dijo con voz alterada: desde que habeis subido no habeis hecho otra cosa que apurar mi paciencia, y si pensais que tenéis el privilegio de injuriar y tiranizar á todo el mundo, debeis saber tambien que yo no tengo la calma que se necesita para acatarlo.

—Será eso, por ventura, una amenaza? preguntó el soldado fijando en Gontran una mirada desdeñosa.

—De ningun modo, dijo Grugel que se inquietaba al ver el giro que iba tomando la cuestion; mi primo trata únicamente de haceros observar...

—Yo no admito observaciones de los paisanos, interrumpió el militar.

—Y los paisanos no sufren vuestras insolencias, replicó Gontran.

Al oír la palabra *insolencia*, el subteniente tembló de ira y un subido carmin coloreó de repente sus facciones.

—¿En qué sitio es deteneis, caballero? preguntó á Gontran con una voz alterada por la cólera.

—¡En Lyon, respondió este!

—¡Pues bien! en Lyon acabaremos de entendernos.

—¡Como gustéis!

Grugel, asustado, quiso arreglar el asunto; pero su primo y el militar le interrumpieron á la vez, repitiendo que en Lyon acabarian de entenderse.

Al mismo tiempo se oyeron grandes voces y un charaban cubierto de barro alcanzó á la diligencia.

La señorita de Locherais sacó la cabeza por la portezuela.

—¡Dios mio! ¡qué desgracia! gritó, esto solo nos faltaba!...

—¿Pues qué sucede? preguntó el ganadero.

—Que nos ha vuelto á atrapar Pedro Lepré.

Así que este alcanzó á la diligencia saltó del charaban y se dirigió á la portezuela del interior que acababa de abrir el mayoral.

—¡Picardía semejante? gritó furioso, ¡partir sin esperar á los viajeros! ¡Dónde se ha visto!...

—Ya os envié tres recados, objetó el mayoral.

—¡Se envían seis... doce... cuarenta! Veo que sois estremadamente avaro de vuestras palabras... ¡cómo si el hablar costase muy caro!... Yo no podia dejar con la palabra en la boca á mi amigo que me estaba contando la desgracia que ha ocurrido ayer á la diligencia que iba delante de la nuestra.

—¡Una desgracia! exclamó la señorita de Locherais.

—Sí, señores.

—¿Y qué ha sido?

—Que la arrastraron las aguas en su corriente, pereciendo la mayor parte de los viajeros que iban en ella.

—¡Qué horror! exclamaron todos.

—¡Bueno, bueno! interrumpió el mayoral; pero hacedme el favor de subir.

—¡No es nada bueno, no señor! replicó Pedro Lepré: todo el mundo está consternado.

—Os ruego que subáis...

—¡Que van á pensar nuestras familias cuando tengan noticias de semejante desastre! decían unos.

—Vamos, subid...

—El mayoral tiene la culpa de que no os pueda contar mas pormenores acerca de la catástrofe, porque todavía estaba tratando de adquirir algunos detalles, cuando se me acercó un mozo para advertirme que la diligencia habia partido sin mí.

(Se continuará.)

(Traduccion.)

JOSÉ MARCO.

EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

El carácter de Adrian, sus antecedentes, le habian inspirado ya serios temores, y al sospechar un momento de su hijo, la imagen de aquel hombre se mezcló tambien á esta idea confirmándola de nuevo.

Combatido por el dolor de la duda y ansiano como amante padre justificar á su hijo ó saber al menos la verdad:

—Voy á llamar á Mendoza, dijo; acaso él nos podrá decir algo que nos ilumine para caminar en tan áspera senda.

Los ojos de D. Alonso fijos en el rostro de Julio, pudieron ver la suprema mirada que el jóven le dirigió: en ella se mezclaban la súplica, el terror, la inmensa multitud de sentimientos, en fin, que dominaban su espíritu.

D. Alonso entonces lo adivinó todo.

Mas en el alma de aquel honrado y severo anciano, se alzó poderosa y austera la voz del deber, dominando en aquel instante todas las demás pasiones.

Se olvidó de sí mismo, de que era hombre, de que era padre, y solo pensó en que era juez, en que Dios habia colocado en sus manos la balanza de la ley, y era indispensable que él midiese ó pesase todas las acciones culpables, sin pensar en el nombre del que las habia ejecutado, ni recordar los títulos que podia alegar ante él para esquivar su rigor.

Con una voluntad inflexible estendió la mano y tiró del cordon de la campanilla.

Tomás se presentó.

—Diga V. al señor de Mendoza que le aguardo un instante en mi despacho, murmuró con acento breve.

Andrés que ya habia dicho cuanto sabia, juzgó su presencia inútil en aquel sitio y quiso salir.

—Señor, dijo, si V. me da permiso, me vuelvo á mi molino, donde sin duda ya hago falta.

—No; quédate aun, dijo D. Alonso; te necesito un momento mas.

—Bueno, señor, estoy siempre á sus órdenes.

—Además, para la averiguacion de estos hechos, solo cuento con tu memoria y ya ves que es preciso que estés á mi lado.

—Corriente, cuanto V. quiera.

Julio que habia comprendido el intento de su padre, y que este habia adivinado la verdad, creyó que no le llevaria á efecto delante de un extraño, limitándose solo á esperar que él le confesase la verdad.

Pero cuando la puerta se movió, y la voz de Adrian se oyó á través de ella, pidiendo permiso para entrar, ya no le quedó esperanza, y la

desesperacion y el estravío invadieron su cerebro.

—Señor, habia dicho Mendoza, ¿puedo entrar?

En la franca fisonomía de Andrés se pintó un vivo asombro, que no pasó desapercibido para el anciano que le observaba con afanosa atencion.

El muchacho al escuchar aquellas solas palabras no pudo contenerse, y acercándose á don Alonso en el primer momento, de su sorpresa:

—Señor, señor, le dijo rápidamente, me parece.....

—Silencio, murmuró con violencia el anciano; silencio y observa con atencion.

Julio se levantó como movido de un resorte y trató de salir al encuentro de su amigo.

—Quieto, le dijo su padre sujetándole del brazo y arrojándole en su sillón.

El jóven quedó aterrado.

—Adelante, exclamó el señor de Padilla con voz sonora y segura.

Adrian se presentó.

—Me han dicho que V.... murmuró el amigo de Julio sin comprender nada de cuanto pasaba á su alrededor.

—Calla, calla y vete! gritó Julio trastornado enteramente, viendo que no quedaba ya remedio alguno, y que ambos estaban perdidos.

Andrés se volvió rápidamente hácia Julio cuando escuchó su acento, y mirando al señor de Padilla:

—Ese, exclamó, ese.....

Iba á continuar, pero una seña del anciano dejó cortada la palabra en sus lábios.

Adrian, admirado, dió un paso hácia atrás, y se dispuso á salir.

Perdone V., caballero, perdone V., dijo el de Padilla, le he llamado porque... deseaba pedirle un favor.

—Puede V. contar conmigo en todo, repuso Mendoza libre de un enorme peso; soy el amigo de Julio, y me tendré por muy feliz en complacer á su padre.

Andrés no tenia ya duda de que tenia delante al asesino de Herrera, y no se hubiera podido contener, á no ser por las miradas que le dirigia D. Alonso.

Este, cuyo solo objeto al hacer venir á Adrian, era convencerse de la realidad de sus sospechas, tratando de terminar de cualquier modo aquella entrevista:

—Acaso, dijo dirigiéndose á Mendoza, acaso en breve necesitaré de V. para hacer justicia á un jóven virtuoso á quien la calumnia ha deshonrado; ¿podré contar con su ayuda?

—Siempre estaré á sus órdenes.

—Entonces, perdone V. que le haya hecho venir, y hasta ese momento, caballero.

D. Alonso tendió su mano al jóven que le

alargó tambien la suya: era la derecha y el anciano nada podia notar.

Entonces dejó su asiento y acercándose á Adrian, se preparó á acompañarle hasta la salida.

—¿No te vienes? preguntó Mendoza á Julio viendo el estupor de su amigo.

—Perdone V., se apresuró á contestar el señor de Padilla, tiene aun que ocuparse un rato á mi lado.

Ya habían llegado á la entrada del despacho, y el anciano aparentando un afecto, que tan lejos estaba de sentir, conservaba con la mayor naturalidad la mano derecha de Adrian entre las suyas.

Al llegar á la puerta, dejó que este levantara el picaporte, afectando una distraccion involuntaria.

La mano izquierda de Adrian se alzó, pues y D. Alonso que tenia clavados los ojos en ella:

—¡Ah! exclamó con un acento tranquilo; ¿está usted herido, señor de Mendoza?

—No es nada ya, contestó este un poco alarmado; hace algunos dias di una ligera caída, cuando iba á cazar con Julio... pero ya lo vé usted, es una cosa insignificante.

—Sentiria...

—Hasta despues.

Adrian salió cerrando la puerta tras sí.

—Señor juez, él es, no me cabe duda: ¿y le deja V. ir? preguntó el molinero vivamente.

—No tengas cuidado, Andrés; se hará justicia, sin distincion alguna de persona.

—Es que... murmuró el muchacho fijando la vista en Julio.

—Déjanos, repuso con acento triste y afectuoso el anciano; déjanos.

—Bien está.

—Solo te ruego, murmuró el de Padilla titubeando, solo te ruego que no hables á nadie de lo que ha pasado aquí.

—A nadie, señor, á nadie, yo lo juro. Así como así, yo no queria que mi padre se enterase, pues entonces...

D. Alonso hizo una seña, y el muchacho se alejó, haciendo profundas reverencias y con su sombrero en la mano.

—Creo, dijo al salir, creo que he hecho un triste servicio á ese buen señor, pero de todos modos, he cumplido con mi deber.

Y marchó en direccion de su casa, donde le esperaba impaciente la linda Rosa.

—¿Qué hay? le preguntó al oido cuando estuvo á su lado.

—Se lo he dicho todo.

—¿Y qué?

(Se continuará).

ESPLICACION Y APLICACION

DEL FIGURIN.

Trajes de estío.

FIGURA 1.^a Vestido de alpaca gris-plata: falda muy larga que lleva al borde un grueso vivo de seda verde claro: dos volantes ribeteados de verde y montados á tablas gruesas forman una doble onda en cada uno de los paños de la falda: estas ondas están sostenidas por unas bandas ligeramente bullonadas, ribeteadas de verde y que suben á lo largo de cada costura, describiendo una punta redonda en la parte inferior y disminuyendo hácia el talle.

Chaleco de tafetan del mismo punto, de color que los ribetes del traje, cerrado con botones de seda verde y blanca.

Cuerpo figaro por delante y de aldeta postillon por detrás.

Mangas ajustadas, adornadas en la sisa, costura del codo y parte inferior por un volante con ribetes verdes.

Cuello estrecho y mangas interiores con puños altos de tela de hilo doble, guarnecidos de un pequeño Valenciennes.

Sombrero de crin blanca, adornado graciosamente con ramas de rosas thé: el vabolet está reemplazado por un gran lazo de cinta de glasé verde: bridas de la misma cinta.

Sombrilla verde forrada de blanco, con cordón y borlas en el remate de seda verde.

Guantes de Suecia de color de paja bastante subido.

Nos parecería mas bonito y mas sencillo este vestido suprimiendo las bandas que suben á lo largo de las costuras de la falda: es traje propio de una jóven y, por lo mismo, mas gracioso cuanto mayor sea la sobriedad de sus adornos.

Por lo demás, le creemos tan lindo que solo recomendaremos—y eso por conformarnos con la costumbre española—que se le añada una toquilla de encaje negro, ó uno de esos hermosos chales de encaje, dobles, que tanta aceptación tienen en Paris y Lóndres.

Fig. 2.^a Vestido de granadina color de malva: la parte inferior de la falda está adornada por un volantito á tablas de glasé malva pegado al borde: sobre éste van colocadas tres cintas de tafetan blanco cubiertas de entredosos de encaje negro, de tejido muy ligero.

Esta falda está levantada por medio de cordones—de cuyo mecanismo hablaremos despues—sobre una enagua de alpaca blanca adornada con ribete malva en el borde inferior del mismo, al que sirve de cabeza un rucho de tafetan malva recortado.

Camiseta interior de muselina con cuello y puños de tul rizado.

Paletot muy entallado de la misma tela del vestido, adornado en su derredor por una cinta blanca cubierta de un entredos como los de la falda: este paletot está cerrado en el pecho por presillas de pasamanería negra: las hombreras están formadas por bucles de entredos y entre estos algunas bellotas de pasamanería.

Mangas estrechas guarnecidas de cinta blanca y entredos en su parte inferior y costura del codo hasta el mismo: este espacio está adornado además por cinco gruesas bellotas de pasamanería.

Sombrero de paja de Italia, alto de copa y con ala estrecha, guarnecida de cascabelitos de paja: una cinta malva rodea la copa sin ningún lazo ni adorno: delante hay un ramo de espigas de paja del que sale una larga pluma malva que vuelve un poco sobre la copa y adorna todo el sombrero.

Grandes pendientes de oro.

Abanico enano y guantes de piel de Suecia, color de carne.

Pocos vestidos podemos presentar como modelo, mas lindos y mas distinguidos que este: su coste es muy módico, sobre todo, si se suprimen las pasamanerías del paletot, que nada perderá por eso de su gracia: el entredos es de escaso coste, pues, al hablar de *encaje*, hágase cuenta siempre que hablamos, para las señoras de modesta fortuna, de imitaciones, habiéndolas perfectas y delicadas.

Hemos visto este traje á una bella señora, rodeada de tres niños, y nos ha parecido que armonizaba muy bien con el estío de la vida, en que dá los primeros pasos.

Tambien estará encantadora con él, una jóven de quince á diez y ocho años, y tan variados servicios, es todo lo que se puede exigir á un traje de su escaso coste.

Muchas señoras nos han preguntado el modo de recoger las faldas de sus vestidos, moda utilísima y adoptada desde hace mucho tiempo en Paris y Lóndres, en cuyas dos capitales existe en todo su apogeo: esta esplicacion se halla en la revista de modas, que la señora Sinués de Marco escribió desde Paris, y que se insertó en nuestro núm. 16, correspondiente al 30 de abril de este año, y está tan detallada, que á ella las remitimos.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.